



EL TEMPLO DE DIAMANTE

Por Ada Albrecht

Tú eres ese Templo de Diamante que anuncia el título de este capítulo, y eres de Diamante porque eres inmovible, te hallas saturado con la bendición de Luz, sublimación de toda arcaica molécula de tu pasado Karma, en proceso de purificación durante millones de años. Eres Paz y Perfección Absoluta. Eso eres. Eso es lo que la vida, con inmarcesible constancia, construye en ti, y lo hace lentamente.

A menudo nos asaltan los fantasmas del escepticismo, de la duda, de la indiferencia. Entonces la Fe pasa a ser como un ave herida que con dificultad logra vuelos cortos; no puede abrirse paso en la inmensidad del espacio, agobiada con tanto pesar.

Recuerdo que hace no mucho tiempo me decía un discípulo:

“No logro hallar a Dios en mí, y no sé qué hacer. Pienso que tal vez, deba ir a la montaña para tomar refugio en ella por los años que fuesen necesarios”.

Hermosa aspiración, pero completamente inútil, fantasiosa e innecesaria. Te digo esto porque el pequeño animal herido al

que socorremos en una calle puede ser el maestro que nos guíe hacia el inegoísmo. Y la montaña más alta y sagrada puede asumir la forma de una simple mano tendida a la que prestamos ayuda.

Por eso, recuerda lo que siempre olvidas. Recuerda a tus pequeños amigos, esos que a veces no ves: tu rosario de rezos, el libro de oraciones, la canción que te recuerda al Señor, el humilde altar en tu habitación.

No eres tan grande como para abandonar a los pequeños colaboradores destinados por Dios a construirte interiormente. Olvídate de quienes hablan de peregrinaciones a exóticas tierras para buscar la “sabiduría perdida”. No escuches tampoco a quienes te hablan de “Grandes Maestros Iluminados” que pueden otorgar la Perfección con una simple imposición de manos, con la pronunciación de un Mantra o con una simple mirada. Deja a un lado toda ampulosidad de la imaginación y los desvaríos de la mente, y aférrate a lo que está a tu alcance.

No te separes de esos milagrosos compañeros de ruta que te he mencionado, y que son tus verdaderos constructores.

Sé consciente de que la sequoia gigantesca, cuando asoma su cuerpecillo vegetal, sobre la tierra, mide menos de un milímetro; sé consciente de que la vida humana nace como una milagrosa miniatura. La pirámide de Gizeh está hecha de blo-

ques de piedra, y el río más caudaloso, de millones de gotas de agua. Todos los días de tu vida, con la paciencia de la Madre Tierra —y con su sabiduría—, gira alrededor de tu Sol interior. Aliméntalo con tus pequeñas acciones, te repito, pequeñas acciones. Hablas de la generosidad de espíritu, y yo te pregunto: ¿Qué actitud es la tuya cuando cruza a tu vera un perro famélico? ¿Sacude las entrañas de tu alma el dolor de los otros como si fuera tu propio dolor? ¿Qué bien hiciste hoy? ¿Acaso el bien de una oración, de un rezo íntimo, de un gesto generoso, de una ayuda anónima al mendigo que pasó a tu lado?

Miles de pequeños obreros —las humildes “pequeñas acciones”— aguardan a diario por ti. Están deseosos de ayudarte a construir ese maravilloso Templo de Diamante, sitial de Luz, Trono de Dios, sagrada efulgencia de tu Ser. No les cierres las puertas con la llave de tu indiferencia. Si el Divino Anhelado del florecimiento interior es rosal brotado en el jardín de tu aspiración, permite que la beatífica lluvia de esas pequeñas acciones de las que te hablo, fertilicen la tierra de tu sagrada intimidad. Verás cómo, lentamente, florecerá la Gracia en ti, y te transformarás, lenta, pero seguramente, en un alquímico crisol metamorfoseador de toda sombra, para bien tuyo y gloria de cuantos te rodean.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura